

DIBUJOS. XESÚS CORREDOIRA

Los dos dibujos que constituyen la presente pieza del mes ingresaron en las colecciones del Museo Arqueológico Provincial de Ourense en 2002 como depósito de la Xunta de Galicia, mediante compra, tras la oferta de un particular, quien a su vez los adquirió en un anticuario en la ciudad de Burgos. Son obra del artista lucense Xesús Rodríguez Corredoira de Castro (Lugo, 1889 - Portela de Roxos, Santiago de Compostela, 1939), del que la mayor parte de su producción se conserva en el Museo Provincial de Lugo.

Corredoyra, así firmaba sus obras, nace en el seno de una familia de ambiente tradicional, perteneciente a la antigua hidalguía gallega, que le transmite una profunda formación religiosa, que habrá de forjar en él una personalidad mística y atormentada, en constante conflicto interior, claramente visible en su arte.

Su infancia transcurre en la casa natal de Os Loureiros, cerca de la muralla lucense, y de la familia de Álvaro Gil Varela, quien llegará a ser un buen coleccionista de su pintura. Desde muy joven manifiesta grandes dotes para el dibujo y enseguida se traslada a Madrid, donde en 1903 ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, gracias a una beca de estudios que le concede la Diputación Provincial de Lugo. Compagina su formación con el aprendizaje en los talleres de los pintores valencianos Cecilio Pla (hasta 1906) y Joaquín Sorolla (entre 1906 y 1909), dos de los máximos representantes de lo que se denominó la España blanca, caracterizada por el luminismo. La influencia de sus maestros se hace patente en los cuadros de su primera etapa como *La Charra*, *El niño con sombrero de paja* y *El Bañista*.

En esos años participa en diversos certámenes y concursos, obteniendo menciones honoríficas en las exposiciones Nacionales de Bellas Artes de 1908 y 1910, año en el que regresa a Lugo. Tras su matrimonio con Mercedes Bahamonde en 1915, se instalará primero en A Coruña y después en Santiago, donde, dada su privilegiada posición social y relaciones, se convierte en el retratista de intelectuales y de la burguesía y el clero locales. Conocido es su *Retrato de Castelao*, con quien mantuvo una especial relación de amistad. Lo retrata con un dibujo de Valle Inclán entre las manos, lo que de un modo alegórico refleja la común admiración por el escritor.

Desde el momento de su regreso a Galicia, la obra de Corredoira sufre una profunda transformación y aparece transida de un fuerte arrebató religioso. El pintor, sumido en una profunda crisis existencial, atraviesa una fase de recogimiento ascético. Se hace miembro seglar de la Orden Tercera franciscana y se dedica con avidez a la lectura de la Biblia y de los místicos españoles. Su pintura va a renunciar a todo indicio luminista y optará por una paleta austera, oscura y fría, con un característico empleo del negro. Creará entonces una obra muy personal, marcada por un sentimiento místico e idealista en la búsqueda de una pintura con “alma”, que aporta un enfoque simbólico a la definición de una psicología gallega. Así, mientras otros pintores costumbristas gallegos como Sotomayor profundizaban en los aspectos raciales de sus personajes, Corredoira destacará los componentes anímicos de la fisonomía, espiritualizando e incluso deformando las figuras.

Sus cuadros, de gran formato, expresan una visión decadente de Galicia, inmersa en reminiscencias literarias de religiosidad, leyendas y mitos medievales, que evocan la prosa de Valle Inclán. Sin embargo, la obra de Corredoira aparece impregnada de una melancolía y un misticismo que remiten a las corrientes del Simbolismo y el Prerrafaelismo europeo, al tiempo que su modo de hacer se orienta en la búsqueda de una tradición pictórica que redescubre los valores estéticos de artistas del pasado, especialmente del Greco, de quien copiará su *San Bernardino de Siena*. Recordemos que en 1908 Bartolomé Cossío publica su magno estudio sobre el pintor cretense, que tanto habría de influir en su revalorización entre los escritores de la Generación del 98 y los artistas coetáneos.

Todos estos elementos hacen que las composiciones de Corredoira transmitan una idea de distancia e irrealidad. Los numerosos personajes que pueblan sus escenas se recortan sobre fondos sombríos y presentan un canon especialmente alargado, acentuado en las manos. Son figuras ascéticas, atemporales, de rostros angulosos y pálidos pintados en tonos amarillo verdosos, cual espectros, y aparecen envueltas en parcas ropajes oscuros, mostrando un aire de tristeza, casi dramático.

En ocasiones, los cuadros adquieren la estructura de retablos con sus predelas o se acompañan de inscripciones y citas procedentes de los Salmos bíblicos, a veces en primera persona, como un acto de fe introspectivo.

Además, aparecen en uno mismo ámbito la imaginería sagrada y los personajes reales que completan la escena.

Puede considerarse que es entre los años 1910 y 1916 cuando Corredoira desarrolla su mejor momento creativo, su período más místico y, por lo tanto, más cercano al Simbolismo. Obras como *Hambre en Lugo* (1910), *Mi Familia Cristiana* (1910), *La Sagrada Familia* (1911) y *Viudas de Náufragos* (1914), entre otras, son bien representativas de las características señaladas. De 1916 es uno de sus cuadros más conocidos, *Schola Cantorum Compostelae*, premiado con una segunda medalla en la Nacional de Bellas Artes de 1917, exposición a la que también envió *Las capas de Santa Isabel*.

A finales de esta etapa deben pertenecer también los dos dibujos que conserva el museo ourensano. Uno de ellos es un sencillo retrato, realizado con lápiz de colores sobre papel, de 19 x 12 cm, que muestra la figura de un niño de corta edad con un libro en la mano, aprendiendo a leer, y tiene la siguiente dedicatoria: “A Marcelinito con mucho cariño. Corredoyra”. El otro, un dibujo a tinta, de 26 x 20 cm, tiene el interés añadido de estar realizado sobre un papel timbrado del desaparecido hotel ourensano Gran Hotel Roma, y cuenta con la siguiente leyenda y dedicatoria “Altar del Perpetuo Perdón. Tu y yo. A mi esquisito amigo Marcelino con todo mi espíritu torturado y lleno de afecto Corredoyra”, en la que el artista deja constancia escrita de su inquietud vital en esos años. Bajo un arco del que pende una lámpara votiva, de las típicas de altar, muestra a un hombre arrodillado con la cabeza baja y las manos unidas en actitud de oración, o quizás mejor de perdón -de ahí el nombre que le da el autor-, ante una alargada figura femenina con un rostro de grandes ojeras, ataviada con una túnica de motivos florales, a la que una cigüeña parece retirar el velo que la cubre. La simbología de esta ave, considerada de bueno augurio, además de a la fertilidad puede aludir al vínculo y fidelidad entre una pareja.

Los dibujos, sin mucha duda, están dedicados a su buen amigo Marcelino Blanco de la Peña (1878-1964) y a su hijo Marcelinito. Blanco de la Peña fue un importante empresario santiagués nacido en O Porriño, que desarrolló una intensa actividad social y de promoción económica. Lo encontramos como presidente de la banca “Hijos de Olimpio Pérez”, propiedad de la familia de su mujer, Celestina Pérez Esteso. Será presidente

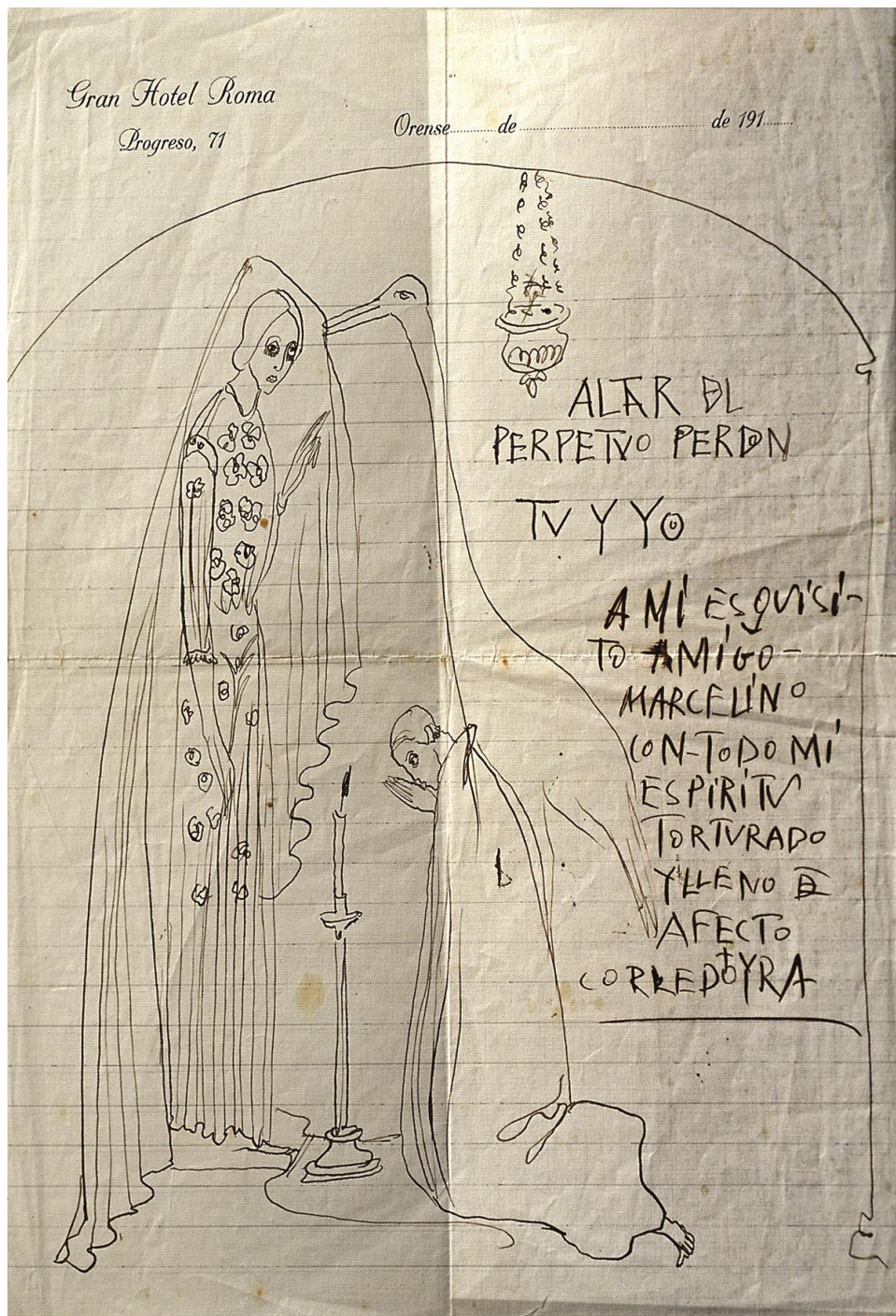
de la Cámara de Comercio santiaguesa y estará muy ligado al sector energético, inicialmente a través de la “Sociedad de Gas y Electricidad” de Santiago y, después de su constitución en 1923, de la “Sociedad General Gallega de Electricidad”. Veinte años más tarde, será uno de los tres fundadores de FENOSA, junto con Pedro Barrié de la Maza y Andrés Pardo. Hasta el final de sus días, fue vicepresidente de la eléctrica. También fue impulsor de la Compañía de Ferrocarriles de Galicia y de las minas de carbón. Por lo que respecta a la vida cultural y social, estará muy ligado a los círculos católicos santiagueses, participando en la comisión organizadora del Año Santo 1920 y, junto con Sánchez Cantón y Filgueira Valverde, impulsa en 1949 la editorial del galleguismo más posibilista “Bibliófilos Gallegos”, de la que será vicepresidente. En este ambiente era lógica su cercanía al pintor Corredoira, quien le realiza en 1918 un retrato de cuerpo entero que aparece reproducido en el número de 1 de mayo de la revista *Vida Gallega*.

Durante los años que transcurren entre 1922 y 1928, después de viajar por Francia y Bélgica, Corredoira reside en América, realizando numerosos retratos y celebrando exposiciones en Montevideo, Santiago de Chile, Buenos Aires, Cuba, Washington y Nueva York. En 1929 regresa a Santiago de Compostela y continúa pintando, aunque con menor intensidad, hasta su muerte en 1939.

En su faceta como retratista sigue la estela de Ignacio Zuloaga, pintor que se asocia a las ideas estéticas de los escritores de la Generación del 98 y máximo representante de la España negra, captando la imagen del retratado en primerísimo plano y descentrada, ante un fondo de paisaje con cielos tormentosos o nublados, muchas veces vistos a través de un arco o ventana, en un tratamiento que evoca también al de los pintores renacentistas. En sus retratos femeninos se ha señalado además la influencia de Julio Romero de Torres. Sus mujeres son igualmente morenas y de ojos profundos, pero se distinguen por la elegancia de su línea y la falta de sensualidad, que se transforma en una espiritualidad similar a la de los protagonistas de sus temas religiosos y populares.

La obra de Xesús Corredoira, que manifiesta siempre sus íntimas emociones y sentimientos, en la que cómo vimos se conjugan diversas tendencias artísticas y se reconocen influencias literarias y de pintores

como El Greco, Zuloaga y Julio Romero de Torres, ofrece un estilo único, perfectamente identificable y original dentro del panorama artístico gallego.



Dibujo. Inventario DX0441



Dibujo. Inventario DX0440